Caramba y Samba

Hoy, me he encontrado con Clyo, caminaba por la orilla de la playa, en silencio la acompañé mientras la mar, con suaves ondas nos acariciaba los pies.
Luego de un rato de dejar huella, comenzó a contarme sobre una mujer que, había escuchado hablar, entre el bell canto de un paisano.
Clyo, inició el relato diciendo...
Es una sinuosa ondulación de pies pequeños, que danzan al ritmo de su guitarra. Tiene la piel del color del desierto, pero tersa como la aceituna. Sus ojos brillan como los minerales de la tierra y su cabellera se extiende sobre ella, como el manto protector de una Madre, con finos hilos de plata, dejados allí por la Luna, una noche, en las alturas del Valle.
Entre respiro y respiro del canto, ella hablaba con un eco de vidas pasadas, sobre quienes antes del tiempo, sembraban los cerros, recogían de la mar y abrían caminos al andar.
Su rostro se iluminaba con sonrisas del viento, parecía trasladarse en un suspiro, hasta los pies del Peñón.
Serenas siluetas la rodeaban, cuando cogía la guitarra y a todos hacía bailar.
Ella crecía al relatar las historias olvidadas y entre nosotros danzaba el viejo pirquinero, la muchacha de trenzas que, saludaba con sus ojos al forastero, el que con soberbia y desdén la ignoraba, mientras los niños corrían por verdes campos, tras los animales que le dan sustento.
Cantaba, cantaba, con la fuerza de la certidumbre, dejando en el oído, los rítmicos sonidos de los cerros.
Las manos se movían cual si estuviera modelando figuras de arcilla, segura, delicada y feliz.
Quería que la muchedumbre sorda, oyera los gritos de la Madre Tierra, que volvieran la vista atrás y en el horizonte, viesen navegar a los Changos entre lobos y ballenas.
Su voz sonaba como el trinar de los pájaros, los que se colgaban de su larga falda, haciéndola volar entre las viñas. Su mirada era una invitación a recorrer las estrellas, cabalgando en la cola de un cometa.
Hablaba de hombres y mujeres, de las conquistas de la tierra, de las travesías sobre las olas, del sembrar de futuro y como, la Pacha Mama, nos da raíces.
Su canto se transformó en baile y este en risa.
La mujer de pies pequeños, dejaba pisadas perennes; ya no era un eco lejano, casi silente. Ante mis ojos, ella se hizo Caramba y Samba…aquella que desafía, que conquista y domina con ternura, y la sabiduría de los ancestros.
Mientras hacía el relato, me pareció ver en Clyo, el reflejo de esas historias y su semblante, cambiaba como ha cambiado el paisaje en 500

años de sequedad.
Al terminar de hablar, me miró, dejó escabullir una lágrima, acarició mi cabeza y dijo: no busques tan lejos, el sol brilla dentro de ti, abre las ventanas y deja que ilumine tu camino.

El sol se esta quedando por estos lares de manera generosa, quizás por eso no me cuestione al sentir el impulso de salir a caminar.
El recorrido sería uno conocido y probablemente breve, sin embargo, aún reconociendo mis huellas por él, abruptamente fui detenida por una mujer que, simplemente preguntó ¿paseo en catamarán?, la respuesta como pregunta, no se hizo esperar ¿esta por salir, cuanto es?
Hace meses que postergaba ese paseo y como otros que he hecho, ha sido sola, por lo tanto, nada me detendría ahora.
Abordar, y vestir el salva vidas que no abrochaba bien. Sin pensar, me dirigí directo a la proa y allí aguarde ansiosa la aventura.
La nave estaba totalmente completa de entusiastas navegantes de todas las edades, características y lugares lejanos a este mar tranquilo.
Un particular guía nos relataba historias, hechos y acontecimientos ocurridos en esas aguas y sus costas, mientras todos esperaban ese movimiento que diera la certeza de estar sobre el mar.
Nos alejábamos del muelle con premura. El sol jugueteaba con el viento y ambos se escondían en la superficie del agua, iluminándola y alborotándola toda.
Escuchaba voces y risas a mi rededor, incluso mi propia risa se fundía con las otras, sin embargo, por largo rato, mientras el navío saltaba las olas, me pareció estar sola frente a esa bastedad que simplemente danzaba.
Justo cuando pasábamos frente al Faro, una mujer sonrió de soslayo y aunque no la mire, supe que era Clyo.
El paisaje conocido se vestía de novedad al mirarlo desde la perspectiva del mar y sin embargo, no me resultaba desconocido, tal vez por que en otro tiempo, yo ya surcaba el mar que baña estas costas o era ola que rompía sobre el malecón o acariciaba las huellas dejadas en la arena y para no olvidarlas, me las llevaba a lo profundo ¿Cuántos pasos habrán en el fondo del mar?
El sol daba las últimas caricias a mi rostro cuando el nao amarro nuevamente en el muelle de embarque.
He llegado por segunda vez a este puerto y en esta ocasión, lo he hecho desde el mar.

Ella también esta aquí.

Tiempo antes de partir desde la querida Cartagena, me enteré que Clyo había partido también. Lamente no haber podido despedirme y conocer sus razones para dejar ese lugar.
Como saben algunos, mi viaje no fue muy largo, sólo unos cuantos kilómetros, siempre tras una bahía que me proteja.
En este nuevo espacio, he tenido que comenzar a caminar por senderos desconocidos, pero que por fortuna, están plenos de magníficos paisajes que deleitan los sentidos.
Aún no recorro todos los mil caminos trazados antaño por otros, sin embargo, me he llevado una que otra sorpresa totalmente inesperada, como la que paso ahora a relatar:
Era un camino de tierra, escoltado por árboles y plantas de perenne verdor, todo zigzagueaba en armónica cadencia y yo, me movía como si una lejana música conocida me invitara a bailar. Al acercarme a la base donde se encontraba enclavado el conocido Faro, tuve que detenerme de improviso, pues ante mi, un hermoso pájaro batía sus alas, pero, lo etéreo del movimiento me impulso a llegar hasta él. Camine sigilosamente y al estar a menos de un metro, la sorpresa fue aún mayor, ya que no había tal pájaro, sino, una mujer que se envolvía en una túnica de largas y anchas mangas, que al abrir sus brazos al viento, se agitaban dando la impresión de ser sus alas.
La curiosidad ya estaba presa en mi, avance. Ella estaba de frente al inmenso océano; su rostro era la perfecta armonía de las emociones, su piel tersa brillaba al sol del atardecer, su boca dibujaba una dulce sonrisa, los ojos bailaban, mientras que por sus mejillas, corrían saladas lágrimas.
Guarde silencio casi ceremonial, había algo muy familiar en esa escena. Mi cuerpo se encontraba subyugado ante el paisaje completo y mi corazón hacía sentir su presencia dentro de mí. Sólo deseaba ver quien estaba representando en carne propia, la más fuerte conmoción anímica que he sentido desde que llegue hasta aquí.

El tiempo estaba paralizado, como mi respiración se detuvo al ver, al reconocerla…era Clyo. Una sonrisa fue su saludo.
Me acerque al barandal para observar el romper de las olas a los pies del Faro y confirmar que ya era parte de este lugar.
Ambas nos tomamos unos minutos más, en completo silencio, y al ponerse el sol en el particular horizonte circular de la bahía, decidimos emprender la retirada de aquella reserva de paz.
Desandamos el camino de tierra y verdes árboles, caminamos la ruta del regimiento hasta llegar al paseo del mar. Recién allí el sonido de nuestras palabras tuvo eco en nuestros oídos.
Porqué aquí? Le pregunte, a lo que ella respondió: Quería conocer el lugar que elegirías. ¿Cómo, tú sabías que vendría hasta acá?, no nos habíamos visto desde ese día en el malecón, ni yo sabía entonces de mi partida.
Aún no te das cuenta, que yo soy quien te acompaña en tus historias?
Entonces, puedes decirme lo que he de escribir?
No, yo sólo soy testigo de lo que luego contare, através de tus relatos. Por ahora, ambas recorremos los parajes de hombres y mujeres que se cruzan sin advertirnos aún. Pronto comenzaras a construir nuevas historias, historias que harán que mi existir tenga razón de ser en esta ciudad - mar que haz elegido.
Sin decir más, se escabullo entre las luces de las farolas que, a esa hora ya se encendían.
Sabía que nos volveríamos a encontrar, por eso no la detuve.
Clyo, la musa de las historias me había revelado su presencia aquí.

La dama de la Galería.

Hay días que sales de casa y no tienes idea que será aquello que sucederá, así como hay otros, donde simplemente sigues un plan antes trazado.
En esta ocasión, el día se desplegó como instancia de encuentros casuales, de propuestas, llamadas e invitaciones a seguir disfrutando de la vida.
En esta conjunción casi astral, que me trajo hasta la plaza de armas de la ciudad, vi. el transitar de un variado conjunto de individuos: algunos desconectados de todo; toman asiento en las banquetas a la sombra, para poder leer el periódico, otros ubicados bajo el sol, usan el mismo objeto inerte para cubrir sus cabezas. Niños pequeños corren, mientras sus madres se detienen a conversar. Adolescentes de uniforme, se pavonean en actitud de cortejo. Los oficinistas arrastran los pies y las vendedoras de tienda, apresuran el paso, pues ha terminado el tiempo de colación.
Entre todos los pasos, que no dejan huella sobre el piso embaldosado del lugar, sentí el aroma fresco de la brisa de mar, que deja Clyo cuando sale a recorrer el puerto. No lo la vi pasar, pero debió estar muy cerca; seguramente observando también a la gente, caminando entre ellos, escuchando sin querer o entablando un dialogo del cual extraer esas historias que luego nos contará.
Las horas por la tarde, se mueven con lentitud al retirarse el verano, las nubes se instalan y el aire frío, hace a todos escapar hacia el cobijo, con premura. Fue justamente a la hora del frescor, cuando el estímulo de la luz se ha desvanecido que, al otro extremo de la plaza, con la mano en alto me saludaba la musa de las historias. Me acerque y me dijo:
-Vamos, caminemos por el paseo, tengo una nueva historia para contar.

No siempre se le ve transitar por las calles atestadas de gente, tiene una figura menuda y luminosa, que sonríe amablemente al transeúnte, pocos conocen su labor social, ligada a las artes y la cultura.
Ella se sumerge silente en la algarabía de los creadores, los promueve y los instala en los sentidos de aquellos ávidos de sorpresas y refinados placeres sensoriales.
Sus códigos son los del concepto, las formas, los colores y sonidos. Las imágenes que divulga en las calles y su personal espacio, transformado en la casa de aquellos que brillan en la zona, la capital y el extranjero.
Músicos, escultores y fotógrafos, dan sentido a su vida, al ritmo de los nuevos vocablos de la danza urbana.
Se apresura, pero también vuelve cancino el paso para saludar, para dialogar con el desconocido de la caleta y se planta firme para exponer sus metas a los señores de las minas.
Es, una lady Godiva con vestuario austero, pero único, por eso las miradas la siguen, la siguen, como ella misma sigue y persigue sus sueños por el mundo. No hay distancia que la detenga cuando quiere alcanzar una estrella.
Su casa familiar, esta perdida entre viñas y cerros de uno de los valle de este norte chico, allí se refugia del rumor egoísta y descansa su cuerpo, mientras sus soñadores pensamientos galopan en la memoria de sus años de niñez y adolescencia, cuando la casa estaba llena de risas y todos se movían entre los finos muebles, que hoy, son soporte de imágenes divinas, capturadas por lente mágico del fotógrafo amigo.

No confunde las miradas, hace como el pintor, mezcla con armonía todas las perspectivas del artista, crea su propio sello.
Sus alas están siempre desplegadas, en cualquier momento el viento se la puede llevar a volar, soltando su cabellera de espigas.
Por momentos, sentada frente a un selecto mosto, que comparte con amigos, se le escapa una queja de mujer, de aquellas que, las de su talla suelen hacer:
-¡Me falta tiempo para todo lo que quiero hacer!
Es entonces cuando la mirada la sorprende en la magnitud real de su ser.
Para conocer sus andanzas, necesitamos una ruta del arte, un catálogo de obras, una guía de museos, un pasacalles de agradecimientos, una muestra de colores, un concierto de aciertos, un estallido de gratos momentos, pero, si quieres simplemente sonreírle, traspasa el umbral de su galería y siéntate a conversar, acompañada del sonido del jazz.

Un día.

Sentada frente a una pantalla de computador, que me muestra nombres e imágenes inertes, sin sonido, y a los cuales quisiera hablar, pero el teclado esta independiente de mis dedos y, sólo se mofa de mí, con su constante…ccccccccccc.
Miro de reojo mi mano moviéndose sobre el papel, y descubro en uno de mis dedos, un pequeño corte, la huella de la punta de un cuchillo que, me acompaño mientras cocinaba lo que después coma.
En casa para variar, no hay nadie. Sólo el silencio de los muñecos, y el graznido de las gaviotas, bajo un cielo cargado de mullidas nubes.
Pienso en las cosas que debiera hacer, pero nada tiene apuro; el tiempo ha alargado su andar, se ha hecho más pausado, cancino, indolente.
Miro en el correo electrónico, si alguien a enviado sin querer, lo que espero…se ha perdido la capacidad de comunicar, pero aún me sorprendo con la carta que, un amigo, con saludos a dejado en italiano, desde Buenos Aires.
El portal de empleos sigue mostrando una lista de ocupaciones a las cuales no accederé, pues me dormí más 20 años entre pupitres.
Pinto por gusto, danzo, cuando mi cuerpo no me duele, actúo, cuando Puedo, canto, cuando se han ido los escucha y escribo hasta en servilletas de bar, si las palabras se desbocan.
El sol, sólo es un reflejo en los muros.
Ropa colgada en la terraza.
Un ojo escrutador no para de escudriñar en el entorno.
En un rato más, tengo que ir en busca de lentes que me permitan, leer mañana uno de mis cuentos, ante aquellos que escuchan entre líneas.
También deberé elegir del guarda ropa, lo que me pondré para dicho acontecimiento, seguro que quedará tirado todo lo posible y al final, me cubra la emoción, con la colcha de los sueños.
Imagino mi plaquette, sobre una pequeña mesa del gran salón auditorio, silente, esperando el temblor de mis manos dominadas por el eco de mi voz, dando vida al relato.
Rostros impávidos, muecas de sonrisa y apuntes presurosos, revisando lo que queda del programa. Amigas presentes y ausentes, me guiñaran un ojo para darme aprobación.
Sueño, imagino un simple comentario, más, será inevitable escuchar mi propio respirar.
Caminaré Aldunate hasta parar en el café ¡no! No beberé, ni para eso me alcanza, pero si el ambiente esta templado, quizás pida el capucchino vainilla, mientras pregunto ¿Cómo estas hoy? Y la respuesta se escuchará entre los pedidos de los clientes. Una sonrisa y apurar el tranco, hasta preguntarme una vez más ¿para qué me apuro?...nadie sabe que estoy en algún lugar, sólo las cuatro paredes de mi cuarto, que se aburren con mi presencia y disfrutan por momentos de mí

ausencia.
Es un día más, sin embargo, todos los días, aunque de horas uniformes
se vistan, no es igual uno de otro.
Algo para abrigarme, el cielo perdió color y un viento frío muerde mis pies.

UN PARAJE DIFERENTE

Ha transcurrido algo de tiempo desde que sorpresivamente encontré a Clyo en el mismo lugar donde me hallaba. Ambas estamos acostumbradas a circular por veredas de arena y mar, haciéndonos reflejo de las luces y las sombras de quienes nos ven pasar.
En aquella ocasión, aún no reparaban en nuestro arribo a aquel puerto, pero ya las calles de sal y su gente, nos reconocen e incluso al caminar alzamos la mano en saludo a quienes nos ven.
La sonrisa que era conocida se ha transformado en una linda amistad y nuevas miradas se han cruzado ante nuestros ojos.
Sé que mi musa recorre los paisajes de este territorio de mar y valles, tal vez por eso no me causo extrañeza sentir su presencia hace unas semanas, cuando por primera vez, mi andar me llevo lejos del mar.

Dicen que cuando se cierra una puerta, se abre una ventana, bueno, para mi se abrió un ventanal que me permite ver y sentir el calor del sol cada amanecer.
Lo conocí como debía ser, en una escenografía de magia y naturalidad. Ninguno acuso recibo de las miradas enmascaradas, hasta que los ojos se sacaron el maquillaje y miraron directo y los labios dieron el primer paso para iniciar este especial baile.
Las palabras siempre eran las precisas, sin adornos que ocultaran nada, era nuestro deseo de estar juntos el que nos reunía, nos arrullaba, nos acercaba.
Las sonrisas coqueteaban con los suspiros, al punto de no poder contenerse, haciendo inevitable lo que ninguno quería evitar.
Nos entregamos como dos adolescentes temblorosos de emoción y tuvimos la dicha de ser ambos tan generosos, que la noche nos abrazo secretamente.
Desde ese momento, las horas sólo eran un paréntesis para esperar nuestro contacto; el teléfono o Internet nos permitían tenernos cada día, pero teníamos necesidad de escaparnos de las horas y un día, así lo hicimos.
Como jugo con nosotros el tiempo al comienzo, al punto de creer que no podríamos partir, pero iniciamos el viaje. Un viaje que soñaba y que sin embargo se transformo en el mejor de los regalos.
Él conocía el trayecto, para mi era toda una aventura.
El paisaje era simplemente encantado. Los cerros se pintaban a sí mismos de variados colores y el valle, entregaba su verdor con aromas a frutas y flores.

Caminamos hasta encontrar el refugio que nos cobijaría. Era aún mejor de lo creíamos. La Luna llena guiaba cada paso, como confirmando su alegría de recibirnos en aquel lugar.
Una cabaña rodeada por naranjos y buganvillas. Unos inmensos perros regalones y un par de gatos remolones.
En su interior, todo lo que requeríamos para sentirnos en nuestro hogar por un par de días.
Pero no podíamos estar en medio del centro, había que salir a empaparse de la armonía del entorno.
Las calles se abrían a nuestros pasos, y nos hacían partícipes de su serenidad.
Una plaza con añosos árboles de exóticos frutos nos regalo su sombra y continuamos caminando por una calle de tierra y adobe.
Jugábamos como dos niños traviesos, arrancando del silente encuentro de otra pareja al borde de una huella de agua que corría cerca.
Al desandar los pasos, sentí una energía conocida, era un aroma colmado de recuerdos.
Guarde silencio y escuche sus pasos junto a mí. Ella siempre esta antes que yo, en los lugares que mis pasos descubrirán. Sí, Clyo había estado allí.
Lo teníamos todo, nos teníamos a nosotros mismos y eso basto para detener el movimiento del universo, que absorto de contemplar nuestra unión, creyó ver su propio despertar ante tanta energía de Amor, esa que es capaz de hacer surgir un manantial entre piedras o cambiar el color del desierto en un jardín del edén.
El desayuno en la cama sin mirar el reloj. Las caricias y los besos, eran el mejor manjar.
Las meriendas del día eran sólo un bocado ante el abundante menú de pasión que teníamos para saciar el ansia de devorarnos.
Cada centímetro de las paredes de madera y cal, guardaron el secreto de lo visto y escuchado, como si les hubiesen escrito un poema a la vida con los cánticos de mil gorriones.
Cuando llego el instante de partir, existía la certeza de volver. El Valle había tomado para sí su tributo; una parte de nosotros ya era parte de ese todo.
El refugio fue quedando atrás y con él, el sol que nos baño esos días.
El mar se había encontrado con el valle y este paraje, diferente y fuerte, era el eslabón que me unía mas a este hombre que me ha abierto su corazón.
Clyo ha de estar esperándome en un rincón de este, mi actual lugar.

Aguas Tranquilas

Una escapada para caminar por el paseo de la Caleta, entre niños corriendo y parejas abrazadas frente al mar tranquilo.

El calor me hacía buscar la sombra y entre el gentío, divisé a Soledad, sonriéndole a la vida.

Como muchos otros, apuntaba el lente de la cámara fotográfica sobre el paisaje, más, su objetivo no era el rasante vuelo de los pájaros o el sutil vaivén de las olas; su mirada reposaba en la sonrisa de un hombre.

Ambas sabíamos que la vida sigue su girar y girar, y que, en cualquier momento nos volveríamos a encontrar. Nuestras vidas son un eco simultáneo, una voz en armonía.

Recuerdo que la última vez que compartimos un espacio, fue en esa salida al Valle. En ese entonces, no tuvimos ocasión de cruzarnos, pero las dos sentimos nuestra presencia. Ella suele decir que yo, me adelanto a su llegada y que siempre estoy cerca, para poder atestiguar su andar y luego, en palabras relatar.

Soledad esta feliz, pues ve el reflejo de su amor sobre quien tiene la generosidad de cobijarla.

La observo; su postura, sus gestos, su silencio y su respirar, dibujan en mi mente extensos campos de vid, caminatas abrazados entre la gente, besos clandestinos y una cama junto a una ventana que cuela los sonidos de la calle y aplaca el calor intenso de los cuerpos en divina unión.

Conozco a Soledad, como si fuera yo misma. Tantas historias que me ha dado a contar.

¿Quién es ese hombre que la hace ver tan diáfana?

Lo observo; él le sonríe y sin embargo, su mirada vuela por sobre ella, esta en una aparente y contenida tranquilidad, ella es hoy su refugio, más no es su remanso. Su rostro tiene los surcos de la vida y le sonríe al reflejo distante de un querer.

¡Ay Soledad! Nuevamente haz vaciado tu amor sobre un estanque lleno y sé que lo intuyes, por eso quieres atrapar su imagen, su ser, en todo el tuyo. Haz intervenido el paisaje con tus suaves caricias y mimos, creyendo que pintas el infinito.
Soñadora y enamorada, volverás a navegar por plácidas aguas, luego que te enfrentes a la tormenta que se avecina.
Te estaré esperando en otro lugar, confiando ver nuevamente la luz, con que iluminas el camino de quien se ha perdido.
Hasta pronto, te dejo para poder contar una novel historia, sobre las aguas quietas.